

VIDA Y HECHOS DE DON MANUEL TORRES

Por RAÚL BERNETT Y CÓRDOVA*

“En memoria de Manuel Torres, 1764-1822 quien como Miembro de la República de Colombia, fue el primer Diplomático Latinoamericano acreditado ante los Estados Unidos de América. Tributo del gobierno de Colombia y de los descendientes de sus amigos en Philadelphia, siendo Ministro Plenipotenciario de Colombia en Washington el Dr. Enrique Olaya Herrera. Julio 20, 1926”.

Así dice la placa de bronce que el Gobierno de Colombia erigió el 20 de julio de 1926, siendo Ministro Plenipotenciario de Colombia en Washington el Dr. Enrique Olaya Herrera, en el frontis de la iglesia de Santa María en la ciudad de Philadelphia, como perpetuo homenaje a un hombre que prestó uno de los más grandes servicios a la América entera.

Hace 154 años que sus restos mortales descansan en la paz de los justos en esa ciudad hospitalaria, después de haber consagrado muchos años de su vida a la noble causa de la independencia y libertad del nuevo continente.

Don Manuel Torres nació en España en 1764, se educó en la Escuela Militar de Soret y como teniente de ingenieros militares pasó a la Nueva Granada, hoy nuestra República de Colombia, en uno de los cuerpos militares que en ella hacían guarnición, en época en que su tío, el Arzobispo don Antonio Caballero y Góngora ejercía el mandato de Virrey en dicha entonces provincia española. Fue secretario de su tío en el Virreinato y ejerció las Intendencias de Cartagena, Santa Marta y Chocó. En Tenerife (Magdalena) contrajo matrimonio con una linajuda dama magdalenense de cuyo matrimonio hubo una hija, fundó una bella e importante hacienda que llamó “San Carlos”, él, experto horticultor, con generosidad y ejemplar dedicación enseñó a los indios el cultivo de la tierra y les educó, granjeándose el afecto y veneración de aquellos nativos.

Su refinada cultura y sus ideas liberales le hicieron simpatizar con la causa republicana, fue gran amigo de don Antonio Nariño, circunstancias que le tornaron sospechoso ante la Corte de España, teniendo que emigrar de la Nueva Granada para librarse de la persecución española y refugiarse para siempre en los Estados Unidos (1796).

* Ex-presidente de la Academia de Historia de Cartagena de Indias.

Desde esa gran República, amplia, independiente y acogedora, prestó Manuel Torres constantes e inapreciables servicios a la causa de la revolución de Latino América, especialmente poniendo sus influencias y relaciones al servicio de los comisionados que las diversas secciones de la América enviaban a los Estados Unidos en busca de ayuda.

Torres vivía en los Estados Unidos desde hacía 16 años cuando se lanzó en Bogotá en 1810 el primer grito de independencia de España. Torres era un militar; un hombre esclarecido por su nacimiento y parentescos con nobles familias españolas; era un hombre de alta cultura, y por sobre todas estas dotes, tenía ideas amplias de justicia y libertad emanadas de los Derechos del Hombre consagrados por la Revolución Francesa. Pero Torres tenía otra gran ventaja: por muchos años había visto vivir y desarrollarse la gran experiencia de la democracia norteamericana; en aquella ciudad de Philadelphia, cuna de la libertad, madre de la democracia, vaso de selección de los derechos humanos, nodriza del pensamiento del pueblo, casa abierta de las ideas nobles, Torres trabajó constante y sabiamente por el ideal republicano de Bolívar y de Santander.

Por eso estos hombres libertadores que habían hecho nacer cinco repúblicas en los campos de batalla, y que les habían dado fisonomía en las legislaciones, nombraron a Manuel Torres a los diez años no más de la vida independiente, el 15 de mayo de 1820, Encargado de Negocios de la República ante el gobierno del Presidente Monroe de los Estados Unidos de América, con la altísima misión, quizá la más alta de nuestra historia diplomática, de obtener el reconocimiento por parte del gobierno y del Congreso de los Estados Unidos para nuestra naciente república como país independiente.

Se extraña uno, al repasar la biografía de este hombre, que hubieran transcurrido dos años desde mayo de 1820 hasta el 19 de junio de 1822, sin que Torres hubiera sido presentado al Presidente Monroe como encargado de negocios de Colombia, pero si pensamos en la trascendencia del acto, que por sí significa un amplio reconocimiento de la soberanía de un país, tenemos que convenir en que en esos dos años Torres formó laboriosamente un criterio y una idea de justicia en los dirigentes y el congreso norteamericanos. Pruebas de esta labor tesonera, inteligente y sagás fueron sus notas y exposiciones dirigidas al Secretario de Estado John Quincy Adams en los años 1820 y 1821, y que el propio Presidente de la Unión, James Monroe, envió al Congreso de los Estados Unidos de América con su memorable e histórico mensaje de 8 de marzo de 1822 en el que le anunció el propósito de reconocer la independencia de las nuevas repúblicas. En él, ese gran internacionalista, ese americanista ilustre autor de la doctrina de la Soberanía Continental de paz, hizo al Congreso de su patria una exposición serena y firme de los hechos cumplidos y de las situaciones reales de las antiguas provincias españolas y en esos mismos hechos basó su propuesta al Congreso, que concluye así: "La medida que proponemos dentro de nuestra profunda convicción está de acuerdo con la ley de las naciones; esto se halla de acuerdo con la justicia y el derecho de las partes; creemos que los Estados Unidos deben también adoptarla, teniendo en cuenta su situación y su carácter ante el mundo y sus espaciales intereses".

El 19 de marzo de 1822 la Cámara de Representantes aprobó el informe de la comisión de Relaciones Exteriores que dice en su parte resolutive: "Se resuelve que la Cámara de Representantes se halla conforme con la opinión expresada por

el Presidente en su mensaje de 8 de marzo de 1822 sobre que las Provincias Americanas que han declarado su independencia de España, deben ser reconocidas por los Estados Unidos como naciones independientes”.

Y por último, el 4 de mayo del mismo año, la Cámara de Representantes y la del Senado reunidas en congreso pleno, apropiaron la partida que el Ejecutivo debía destinar a los gastos que demandara el sostenimiento de las Legaciones en las nuevas Repúblicas Americanas.

En esta intensa labor de años que Manuel Torres tuvo un puesto muy destacado entre los paladines del reconocimiento de las naciones de la América Latina, hubo obstáculos enormes que salvar, como era el grandísimo interés que los Estados Unidos tenían de no estar en malas relaciones con España, con quien estaban celebrando el tratado sobre la cesión de las Floridas; su deseo de permanecer como estado neutral en la contienda americana y la vehemente protesta del Ministro de España, don Joaquín Anduaga, contra el mensaje del Presidente Monroe, al día siguiente en que fue enviado a la Cámara de Representantes, protesta que sirvió para que en su contestación de 6 de abril el Presidente Monroe ratificara ampliamente su criterio de justicia y la necesidad del reconocimiento.

Así, pues, llegó por fin el día en que este ilustre diplomático encargado por Colombia de tan trascendental misión, fuera recibido y reconocido oficialmente por el Presidente Monroe. El profesor estadinense William Spruce Robertson refiere en los siguientes términos en su libro “The First Legations of the United States in Latin America”, “El reconocimiento de Torres: en mayo de 1822 Manuel Torres era el único agente autorizado en los Estados Unidos de los gobiernos hispano americanos”.

En los primeros días de abril de 1822, Monroe manifestó a Adams que estaba dispuesto a recibir oficialmente a Torres. Sin embargo hasta el 25 de mayo no escribió Adams a Torres para decirle que cuando lo estimara conveniente y su salud le permitiera ir a Washington, el presidente Monroe lo recibiría con el carácter de Encargado de Negocios de la República de Colombia.

Pero como estuviera enfermo, se pasaron muchos días antes de que pudiera trasladarse de Hamilton Village, cerca de Philadelphia, a Washington. El 18 de junio Torres informó a Adams de su llegada a la Capital, en mal estado de salud, pero con el deseo de visitar inmediatamente el Departamento de Estado. El 19 de junio de 1822 Adams presentó a Torres al Presidente Monroe como Encargado de Negocios de Colombia. Así, Manuel Torres fue el primer representante diplomático de las naciones hispanoamericanas recibido oficialmente por el gobierno de los Estados Unidos; la recepción del inválido Encargado de Negocios de Colombia fue el primer acto formal de reconocimiento por los Estados Unidos de un Estado americano, de los que habían roto los vínculos con las viejas monarquías.

En las memorias de John Quincy Adams en el tomo IV, página 23 de su obra de doce volúmenes editada en Philadelphia, se lee lo siguiente:

“Junio 19. A la 1 p.m. presenté a Mr. Manuel Torres como encargado de Negocios de la República de Colombia al Presidente. Este acto fue principalmente interesante por ser el primer hecho formal del reconocimiento de un gobierno independiente de Sur América. Torres quien tiene tan poca vida que casi no podía caminar solo, estaba profundamente afectado. Habló de la gran importancia que ese reconocimiento tiene para Colombia y de lo extraordinariamente grato que será

para Bolívar. El presidente lo invitó a sentarse a su lado y habló con tanta amabilidad a Torres que lo hizo derramar lágrimas. El Presidente le aseguró el gran interés tomado por los Estados Unidos por la felicidad y progreso de su país y de especial satisfacción con que la recibía como su primer representante; la audiencia, como de costumbre, fue de unos pocos minutos nada más, y al salir me dio el señor Torres una copia impresa de la Constitución de Colombia”.

Las noticias de la recepción oficial de Torres por Monroe fueron recibidas con gran satisfacción por Bolívar; existiendo grandes evidencias de que el Libertador se hubiese entrevistado antes con don Manuel Torres a su paso por Philadelphia el año de 1806, inspirándole así el propio pensamiento panamericanista, que el padre de la patria planteara años más tarde en forma definitiva en el trascendental Congreso de Panamá en 1826.

Este hombre enfermo de muerte, que había trabajado tan intensamente por la causa de la libertad de Colombia, sabía que sus días eran contados y no obstante los consejos de sus amigos para que no se moviera de Hamilton Village, donde esperaba la muerte, él quiso terminar su misión sacrificando a ella su propia existencia.

“Si he consagrado 35 años de esta labor; si casi no he vivido para más, cómo puedo dudar ahora y dejar de atender al último acto que consagra y compensa cuanto he hecho?”

Manuel Torres murió en Hamilton Village el 15 de junio de 1822, sin haberse cumplido un mes de haber presentado sus credenciales.

El diario “The Aurora General Advertiser” de Philadelphia, al hacer su elogio dijo: “Veintiseis años hace que residía en los Estados Unidos y todo ese tiempo lo ha empleado en pro de la revolución de la América del Sur, él se distinguió como hombre, como patriota y como republicano; jamás desesperó del buen éxito de la causa contribuyendo con sus consejos y admonición a promoverla en todas partes. A él recurrían los delegados de las diferentes secciones de Sur América y hallaban en sus consejos la resolución de sus dudas y tropiezos”.

Al señor Torres se le hicieron suntuosas exequias como al primer diplomático extranjero que moría en territorio estadinense y al mismo tiempo como el primer representante diplomático de las repúblicas iberoamericanas.

De estos funerales dio cuenta el citado periódico “The Aurora General Advertiser” en su edición del 18 de junio, que sintetizó aquel tributo, para honra de la memoria de Torres y por gratitud a las altas autoridades de los Estados Unidos.

Los Síndicos de la Iglesia Católica de Santa María ofrecieron la misma iglesia y su cementerio para que allí fueran depositados los restos del señor Torres, al lado de los más ilustres varones de la emancipación estadinense.

Las autoridades civiles de Philadelphia, los oficiales de la marina al mando del Comodoro Bainbridge, el General Cadwallader y los militares oficiales del ejército, representantes personales del Presidente Monroe y del Departamento de Estado, jesses de la Corte Suprema y de las otras Cortes, compañías del ejército de infantería y de marina, bandas militares, alguaciles, el Coronel Duane, editor del periódico “Aurora”, que tan recias campañas había sostenida en favor de la causa que defendía Torres, clero y párrocos de la iglesia, agentes diplomáticos de México y el Brasil y ciudadanos en interminables filas, acompañaron el féretro y rindieron los últimos honores civiles y militares a los restos mortales de Manuel Torres. Las

banderas de todos los buques que se hallaban surtos en el río Delaware estuvieron izadas a media asta en señal de duelo.

Y allí descansan en la paz del señor los restos mortales de Manuel Torres, en el suelo de esa ilustre ciudad de Philadelphia, pero su obra fecunda la recuerdan las generaciones con gratitud y su vida ejemplar es símbolo de libertad e independencia de los pueblos de América, obra de trascendencia porque con ella logró que los Estados Unidos, al reconocer la personería de esas repúblicas, indujeran a los demás países de Europa y a la misma España a aceptar en el concierto universal a las naciones de la América Latina.

Han estado en mora y es doloroso decirlo, los gobernante de Colombia en tributarle a este ínclito varón de la diplomacia americana, dentro de los muros del palacio de San Carlos, por el óleo, bronce o mármol, el homenaje digno de su obra, tributo que en la época actual de las crecientes relaciones de nuestros pueblos, ya por virtud de la Unión Panamericana y de la Organización de los Estados Americanos, como de la Alianza para el Progreso y de muchos otros tratados de amistad y de mutuo entendimiento, tan elocuentemente ponen de relieve en luminoso alcance de la avisora mente de Bolívar y la tangibe y ponderosa realización del señor Torres.

Bogotá - Colombia, 1977.